

Andrés Burgo

EL PARTIDO

Argentina - Inglaterra 1986



MIRADA CRÓNICA

TUSQUETS
EDITORES

ANDRÉS BURGO
EL PARTIDO
Argentina-Inglaterra 1986

TUSQUETS
EDITORES

PRIMERA PARTE
ANTES

En un párrafo perdido de un diario amarillento, conservado en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, hiberna una frase del personaje más secundario de la selección argentina de fútbol que ganó el Mundial de México en 1986.

«Nos contó Mariani, el ayudante de Carlos Bilardo, que Maradona ese día, el domingo 22, se levantó más temprano que nunca y que su buen humor lo desparramó por todos los rincones de la habitación», dice la frase, publicada por el diario *La Nación* en un recuadro del martes 24 de junio de 1986, dos días después del partido del 22 de junio contra Inglaterra, el domingo en que Maradona hizo dos goles que lo convirtieron en un semidiós.

De ese pequeño texto, tan marginal que no tiene firma y está atribuido a «nuestros enviados especiales a México», un apellido me llamó la atención. «Mariani», decía esa página a punto de deshilacharse, encuadrada en el tomo que aglutina las ediciones de *La Nación* de junio de 1986.

«Mariani, ¿qué Mariani?», me pregunté. Deduje más o menos rápido que podía ser Roberto Mariani, un nombre que, de todos modos, registraba con vaguedad. Creía recordar que había sido un técnico transitorio de Vélez a comienzos de la década de 1990, cuando el equipo de Liniers amagaba pero no salía campeón, y de San Lorenzo algunos años más tarde. En los dos casos identificaba a Mariani como una salida de emergencia, durante un puñado de partidos, a la espera de que los dirigentes arreglaran con entrenadores de mayor pedigrí. También creía recordarlo más como un especialista en divisiones inferiores que de Primera, pero su pre-

sencia en el staff del cuerpo técnico del Mundial 86 era un dato que desconocía.

Para enumerar al mediocampo del Racing que salió campeón en 2014 tengo que esforzarme. Si me preguntan quién jugaba a la derecha de Ezequiel Videla y tuviera que responder en un segundo, no sabría a quién mencionar. En cambio, del fútbol de 1986, el año en que yo tuve 11 años, recuerdo todo.

Sé quién era el arquero de Deportivo Mandiyú en el Nacional B (Oscar Manis) y por cuánto le ganó Huracán a un equipo sanjuanino llamado Unión de Villa Krause (9 a 2, como visitante). De finales de 1985 incluso puedo detallar cómo terminó la final de Primera C: Armenio 4-Almagro 2 en cancha de Defensores de Belgrano, expulsado un tal Méndez, arquero de Almagro.

El Mundial de México 1986, el mío, aún no terminó: lo sigo jugando en la memoria. No me olvidé del 10 de Marruecos (Aziz Bouderbala), ni del árbitro de España 1-Brasil 0 (un australiano de apellido Bambridge) ni de resultados baladíos (Paraguay 1-Irak 0). Cada dos o tres meses evoco títulos de la revista *El Gráfico*: «El apogeo del fútbol» para el partidazo Bélgica 4-Unión Soviética 3 o «Es un placer reportear a Platini» para una entrevista al 10 de Francia. A la camiseta que Dinamarca usó en ese Mundial la sigo eligiendo como la más hermosa de la historia. *Héroes*, el documental oficial de la FIFA de México 86 (la más argentina de las películas de fútbol, paradójicamente realizada por ingleses: el director Tony Maylam, el productor Drummond Challis y el musicalizador Rick Wakeman, todos británicos, se encargaron de la edición, en Londres, algunas semanas después del Mundial), es una de las películas que más vi en mi vida. De los futbolistas argentinos de esa Copa del Mundo —y de los de Italia 90, cuando ya tenía 15 años— recuerdo hasta su segundo nombre. Ricardo Omar Giusti, Héctor Adolfo Enrique, Jorge Luis Burruchaga. Así como Nick Hornby escribió en *Fiebre en las gradas* (Anagrama, 1992) que en la exacerbación de su fanatismo por el Arsenal de Londres sabía cómo se llamaban las esposas de los jugadores, en una época yo también *conocía* a las mujeres de mis ídolos del 86: Nancy la de Ruggeri, Mariana la de Borghi. Ni hablar de Maradona: su vida y

obra en México la hice mía. Incluso de los ayudantes del técnico, Carlos Bilardo, sabía más que de Belgrano, Sarmiento o San Martín. Memoriqué pelos y señales de su colaborador principal, Carlos Pachamé; del preparador físico, el Profe Echevarría; del masajista, Roberto Molina; y de los utileros, Tito Benros y Galíndez. En algún punto eran mis superhéroes.

¿Pero entonces quién era Mariani, ese hombre vinculado a la selección, a mi gloria infantil? Si ni siquiera figuraba en el póster de la selección campeona del mundo que *El Gráfico* había publicado en 1986 y que durante varios años estuvo colgado en mi habitación. Hasta los utileros estaban, pero no Mariani.

La duda me sacudió al abrigo de las luces tenues de la hemeroteca, en una sala ajena al ruido exterior de Buenos Aires, mientras me zambullía en la investigación para escribir una crónica —esta crónica— de un partido jugado a 7.500 kilómetros y casi tres décadas de distancia, el Argentina 2-Inglatera 1 del mediodía del 22 de junio de 1986, en el estadio Azteca del DF, por los cuartos de final. No dejaba de ser extraño: la hemeroteca es un lugar tan opuesto al rito futbolero que para entrar hay que descender, en silencio, hasta el subsuelo de la Biblioteca Nacional, mientras en cambio, para ver fútbol, trepamos por las escaleras con el paso tenso hasta ocupar las tribunas.

Alejados del zumbido de las multitudes, unos pocos historiadores, periodistas y curiosos hojeábamos páginas carcomidas por los ácaros, cada uno en búsqueda de su pequeño tesoro. El mío, entendí más tarde, estaba oculto en ese párrafo anónimo, el de «nos contó Mariani que ese día, el domingo 22, Maradona se levantó más temprano que nunca y que su buen humor lo desparramó por todos los rincones de la habitación».

Es una oración que puede pasar desapercibida, como una anécdota trivial de un protagonista secundario.

O no.

Porque esa frase es, también, un zoom directo al amanecer de un día fabuloso. El tal Mariani podía ser mucho más de lo que aparentaba, un actor de reparto olvidado en la historia: también podía ser, y de hecho lo era, un testigo directo de la historia. Había

estado en la placenta del partido más feliz del fútbol argentino, en la habitación del gran protagonista recién levantado, todavía en la cama, en las horas previas al esplendor. El primero de los discípulos que acompañaron a Maradona en su domingo bíblico.

Durante varias semanas intenté conseguir un número de teléfono que no parecía estar en la agenda de ninguna redacción, ni en Argentina ni en Chile, el último país en el que Roberto Mariani había trabajado. Consulté a productores de los programas deportivos de más audiencias y a colegas que se especializan en los torneos de Ascenso. A una frustración le seguía otra. Ni es que las pistas se disolvieran en callejones sin salida: no había pistas. Hasta que en febrero de 2015, y en verdad ya no recuerdo cómo, di con su número y lo llamé. Apenas lo escuché del otro lado de la línea, lo primero que le pregunté, después de presentarme, fue si efectivamente había trabajado con la selección en el Mundial 86. Me respondió que sí, le conté que estaba escribiendo un libro sobre el partido de Argentina-Inglaterra en esa Copa del Mundo, y me citó en una confitería de Floresta. Antes de salir, busqué fotos suyas en Google, para reconocerlo. Las más vigentes eran de su tarea como técnico, en 2011 y 2013, de dos clubes menores de Chile, Deportes Concepción y Coquimbo Unidos.

Al llegar a la confitería lo distinguí en una de las mesas de la vereda, debajo de un toldo que lo protegía de una llovizna de verano. Le hice señas desde lejos, pareció corresponderme, y entonces me acerqué.

—Hola, soy Andrés, el periodista —le dije.

—Ah, sí qué tal, te estaba esperando —me contestó—. Este es mi barrio de siempre. ¿Ves ese colegio? Ahí estudió Claudia el secundario, cuando era la novia de Diego. Maradona venía a buscarla en el auto, le tocaba bocina y ella se subía.

Mariani tiene 73 años y una larga relación con la clase obrera del fútbol. Primero fue jugador-golondrina del Ascenso. Después, a sus fugaces pasos como entrenador de Vélez y San Lorenzo, que de tan fugaces no aparecen en Wikipedia, le siguieron largos años en clubes de Bolivia y de Chile. Pero ese tipo de biografía se repite en miles de jugadores y técnicos, en los trabajadores rasos

y en la elite de la pelota: lo que hace especial a Mariani es que fue uno de los expedicionarios que secundaron a Maradona en su conquista al Everest del fútbol, el 22 de junio de 1986. Así como los alpinistas contratan como porteadores a los sherpas para atacar el techo de los Himalayas, la gran cumbre maradoniana también necesitó de un conjunto de gregarios. Algunos reconocidos, como Jorge Valdano u Oscar Ruggeri —o el narrador de la aventura, Víctor Hugo Morales—, y otros anónimos, como Mariani, cuyo rol en 1986 —me explicó cuando nos vimos— era secundar a Birlardo detrás del ayudante principal del técnico, Pachamé. O sea, un secretario adjunto que a veces debía ocuparse de la logística administrativa.

Por supuesto nadie lo reconoció durante la hora que hablamos, y en un momento me dieron ganas de contarle al mozo y a la gente que pasaba por la vereda de Álvarez Jonte y Benito Juárez, indiferente a nuestra charla: «Ey, mírenlo: él estuvo sentado en la cama de Maradona la mañana de los goles a los ingleses».

—Ese día —dijo Mariani— Maradona se despertó más temprano que de costumbre, pero después se quedó boludeando en la habitación. Éramos cuatro. Él y Pasculli, que dormían juntos, más el Profe Echevarría y yo, que éramos los que pasábamos a despertar a los jugadores. En un momento, Diego dijo: «Tengo unas ganas de comerme un sánduche de mortadela». Y nosotros teníamos mortadela, eh: habíamos llevado mucha comida desde Argentina por el terremoto que hubo en México en 1985. Pero Diego también contó que había hablado con sus hermanos, con Lalo (Raúl) y el Turco (Hugo), de una jugada en la que él se recostaba sobre la derecha, encaraba, dejaba rivales en el camino y definía al segundo palo. Y entonces dijo: «Tengo unas ganas de hacerle un gol de esos a los ingleses». Y bueno, un rato después, de esa manera, hizo el gol de su vida.

Dejamos la confitería cuando ya era de noche. Caminamos una cuadra juntos, por Jonte, y quedamos en volver a hablar. «Cualquier duda me llamás, pibe», se ofreció. Sin embargo, desde que lo despedí me pregunté varias veces si Mariani había sido honesto: parte de su testimonio sonaba a guion cinematográfico. ¿Marado-

na había expresado en la intimidad, en las horas previas al partido, el deseo de querer convertir el tipo de gol que efectivamente convertiría, un gol imposible de teorizar, una obra sin planos, pura inspiración? ¿O formaba parte de un relato que Mariani había fabricado, contándoselo una y otra vez a sí mismo, hasta creerlo; de una narración construida a su conveniencia?

Esa pulseada entre lo que pasó y lo que recordamos que pasó iba a ser un dilema que se reiteraría al consultar a los demás participantes del 22 de junio de 1986, a los anónimos y a los famosos.

Después de haber entrevistado a decenas de protagonistas en su intento de reconstruir un fallido intento de golpe de Estado en 1981, el escritor español Javier Cercas concluyó en *Anatomía de un instante* (Mondadori, 2009): «Anteponemos nuestros recuerdos a lo que realmente sucedió». El escritor y neurólogo inglés Oliver Sacks publicó un ensayo sobre los complejos mecanismos de la memoria y la capacidad que tenemos los hombres para generar recuerdos inexistentes que al final son tan sólidos y reales como los auténticos.

—Se tratar de recordar, no de inventar. Tené en cuenta que pasaron casi treinta años —me respondió Valdano, uno de los delanteros de aquel partido, después de que le enviara por correo electrónico una serie de preguntas muy puntuales de un Argentina-Inglaterra que es, cada vez más, un rompecabezas entre la realidad y la fábula.

Si hubiera que rescatar de un naufragio a un puñado de partidos de la historia universal —tres, cuatro, cinco partidos de cualquier época del deporte más popular del planeta—, el 2 a 1 contra los ingleses debería quedar a salvo. Es el paraíso del fútbol argentino. Hubo cientos, miles de tardes y noches con más goles y con mayor belleza colectiva, pero ninguna con esa carga simbólica. Ese partido es un aleph del fútbol que lo tuvo todo, y todo lo que tuvo nos favoreció. El macho alfa de los goles y el más ilegítimo, la deificación de un futbolista en un puñado de minutos, el trasfondo de las llagas de una guerra todavía abiertas, y el contexto deportivo perfecto: los cuartos de final de una Copa del Mundo.

Yo evoco al de México como el gran Mundial de mi vida, y dentro de ese Mundial al partido de Argentina-Inglaterra como el

gran partido de mi vida como hinchas de la selección. Y sin embargo me cuesta recordar cómo fue *mi* 22 de junio de 1986: cómo y dónde vi el triunfo contra los ingleses. Son noventa minutos que casi no recuerdo haber visto y que sin embargo nunca dejé de ver.

¿Cómo se rescata un día desde el que ya pasaron diez mil días, un día que tuvo un solo actor principal? Sin Maradona, sin su rol aplastantemente protagonístico, no recordaríamos aquel domingo. Esta es la crónica de aquel partido, protagonizado por un solo jugador, pero es también la crónica de una tesis colectiva: por su propia cuenta, en solitario y sin un tejido deportivo y social que lo rodeara —si hubiera sido tenista, si hubiera sido apátrida—, Maradona no habría construido su leyenda en ese partido contra Inglaterra. Esta es, también, la crónica de los actores secundarios que confluieron para edificar la mitología de ese partido. Los personajes complementarios del 22 de junio de 1986, la letra chica de la épica, los monaguillos de la misa maradoniana, configuran un largo y heterodoxo inventario formado por sus compañeros, por quienes lo masajearon, por quienes le confeccionaron la camiseta, por el relato de Víctor Hugo Morales, por una terna arbitral ignota, por la lealtad de los futbolistas ingleses, por el recuerdo de los soldados que habían combatido en la guerra de Malvinas. De todo eso, de todos ellos, se nutrió el último héroe en pantalones cortos: los hizo suyos, y nos hizo suyo.

Maradona ya habló del tema muchas veces, y en cualquier momento volverá a hacerlo. Intenté entrevistarle para este libro, pero me explicaron que lo conveniente, si uno no tenía un vínculo previo con él, era acercarle una oferta económica. Un par de colegas intentaron ayudarme haciendo un nexo, pero no fue posible, de modo que desistí.

Aquí hablan los testigos directos de un partido único, los que también hicieron del 22 de junio de 1986 una gesta a la que —aun a miles de kilómetros del Azteca— siempre sentimos como propia.

Si el testimonio de Mariani suena inverosímil —por lo feliz, por lo profético—, al menos no es el único.

«Mi habitación estaba al lado de la de Diego, yo salía y lo veía —le contó el médico del plantel, Raúl Madero, al periodista Diego

Borinsky, de *El Gráfico*, en octubre de 2015—. Diego andaba con problemas en la columna, entonces le daba un analgésico con un pinchacito. Eso hice la mañana del partido con Inglaterra. Ahí le dije: “¿Sabe que soñé que va a ganar Argentina por dos goles y los dos goles los va a meter usted?”. Le comenté eso y Diego me dice: “Yo soñé lo mismo, tordo”.»

Unas diez horas después de ese augurio, ya en la noche del 22 de junio de 1986, y cuando el plantel festejaba el triunfo ante Inglaterra en un restaurante del Distrito Federal, José Luis «El Tata» Brown, uno de los jugadores de aquella selección, les comentaría a dos enviados de la revista *Sólo Fútbol*: «Y bueno, ahora tendré que pagarle la apuesta a este genio. ¿Podés creer que Diego había dicho antes del partido que ganábamos 2 a 1 y él hacía los dos goles?».